

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

Martes 22 de julio de 1856.

EN PROVINCIAS.

EDICION DE LA MAÑANA.

EN MADRID.

N.º 11. — 172

Precios de suscripción. Ocho rs. al mes, llevado a domicilio, y 24 por tres meses. Puntos donde se suscribe. En la Administración, calle del Górcam, núm. 60, y en las librerías de Costa, calle Mayor, núm. 2; Badi-Badiere, calle del Príncipe; Oliveres, calle de la Concepción; Duran, calle de la Victoria; y López, calle del Górcam.

Precios de suscripción. Catorce rs. por un mes, y 38 por tres meses. Puntos donde se suscribe. En casa de los correpostales; en las principales librerías y en las administraciones de correos. También puede hacerse la suscripción por carta franca acompañando libranza o sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso. En el extranjero y Ultramar, por tres meses, 70 rs.; por seis, 130, y por un año, 250.

MADRID 22 DE JULIO.

Los adversarios del nuevo gobierno parecen heridos de estor por el gran triunfo que acaba de conseguir la monarquía constitucional. Sus esfuerzos son impotentes para hacerles comprender su verdadera situación. Eran tantas las ilusiones que se habían forjado acerca de su propia fuerza, ha sido tan grande el desengaño que han sufrido, que su razón ofuscada se niega aun a reconocer la realidad evidente de los hechos, y hasta hay momentos en que los vencidos se creen los vencedores.

Verdaderamente, la situación del partido progresista al dejar el poder, no ha podido ser mas deplorable. Las circunstancias que precedieron o acompañaron a la solución sangrienta de la crisis, la calamitosa caída del Duque de la Victoria, los incidentes todos de la catástrofe, le han sido desfavorables. Las prácticas parlamentarias, las razones de legalidad, las reglas de la prudencia, todo ha estado en contra suya. Merecido castigo de su presuntuosa vanidad!

Declararon la guerra al sentido común, empeñándose en sostener el absurdo de que en España nadie podía ser Presidente del Consejo de Ministros sino el duque de la Victoria. Declararon la guerra a la monarquía, negándole el derecho de nombrar y separar a sus ministros. Declararon la guerra a las leyes, negando la legitimidad del uso prudente y sensato de una regía prerrogativa, cuyo ejercicio libre, libérrimo, ha sido reconocido al Trono por todas las Constituciones monárquicas del mundo, y de la cual se hallan en posesión indisputada hasta los presidentes de todas las Repúblicas. Y para llevar a efecto sus declaraciones de guerra, apelaron a la fuerza y quisieron colocar sobre toda razón y sobre todo derecho el, azar sangriento de combates fratricidas.

Pero el sentido común, las leyes, la razón, el derecho, la monarquía, la regía prerrogativa, redujeron prontamente a la razón a sus enemigos, quienes también en el terreno de la fuerza, a que habían apelado, sufrieron una derrota decisiva. Y para colmo de su desdicha, el hombre a quien todo lo habían sacrificado, en quien habían personificado todas sus aspiraciones, de quien habían hecho su símbolo y hasta su ídolo, perdió momentáneamente el prestigio de tantos años; dejó romperse el encanto de tantas ilusiones, y cayó en un descrédito universal, cuya justicia no puede ser medida, sino por la incomprensible injusticia con que se le había colocado sobre tan alto pedestal.

Preciso es reconocer que la posición del duque de la Victoria durante la última crisis era sumamente difícil. Como ex-presidente del Consejo, como capitán general, como jefe de un partido que dice profesar ideas monárquicas, estaba en el imperioso deber de desmenuar su espada en defensa de su Reina; pero como protector, esperanza e ídolo de los revolucionarios, tenía la estrecha obligación de compartir los peligros y la suerte de los que clamando su nombre sacrificaban por él sus vidas. Y digámoslo con la franqueza que nos es habitual: por repugnante que fuese ver a un presidente del Consejo resistir con las armas en la mano el decreto de su destitución; por inaudito que eso sea en la historia de los países monárquicos, el puesto natural del general Espartero en los últimos acontecimientos, estaba en las barricadas. Sus anteriores errores se habían traído a una alternativa lamentable; pero ya colocado en ella, debió aceptar con resolución las consecuencias de su pasada conducta. La pública conciencia y el fallo de la historia

hubiesen sido sin duda menos severos contra el ex-ministro insurrecto que contra el personaje político que en el instante supremo abandonó a los que teniendo fe en sus compromisos, se sacrificaban por él.

Nosotros no sabemos, ni ya queremos saber en donde estuvo el duque de la Victoria mientras duró el combate a que su tenaz empeño de retirarse del ministerio sirvió de ocasión; pero de todas maneras, es indudable que al gobierno de S. M. no se presentó, como era de su deber; y que en las barricadas, o no se halló, o se halló lo bastante poco para que hoy pueda negarse su presencia. El fiasco del general Espartero, como hombre político, no tiene semejanza en ninguna época ni en ningún país.

Pero según parece, los que antes le proclamaban su único jefe, ahora tratan de separar su causa de la del vencido y desprestigiado caudillo; y se muestran dispuestos a militar bajo las órdenes del general O'Donnell, encontrando natural que en cambio del apoyo que le ofrecen, y que él no necesita, el nuevo gobierno consienta en ser el intérprete y ejecutor de sus proyectos. Increíble parece que, después de todo lo ocurrido, haya quien quiera hacer del conde de Lucena un segundo Espartero; quien se haga la ilusión de que la presidencia del Consejo se halla, como antes, en manos indecisas y vacilantes; quien presuma de buena fe que la política conservadora, que ha vencido, ha de degenerar hasta convertirse en continuación de la política de desorden y trastornos, de que España se ha libertado ya para fortuna suya.

Pierdan, pues, sus esperanzas los que se forjan castillos en el aire, suponiendo que el Ministerio O'Donnell vá a tener que abrir nuevamente las Cortes Constituyentes, y que en estas prevalecerá el espíritu progresista. Quien tan valerosamente ha defendido la prerrogativa régia de cambiar los Ministros, no dejará ya poner en duda la de disolver el Parlamento. Y no sabemos ciertamente que razón de legalidad, de necesidad, o de prudencia habría de obligar a presentarse en el salón de las Sesiones ante las Cortes de 1854 a quien ha podido, y debido, y logrado espulsarlas de allí con los disparos de los obuses. Congregar de nuevo esas Cortes sería una farsa, y la época de las farsas ha pasado ya. Lo que el país espera, y lo que sin duda recibirá, del nuevo gobierno, es la consolidación del orden, el restablecimiento de un estado de cosas normal y tranquilo, el desarrollo del régimen constitucional bajo buenas condiciones, el robustecimiento de todas las fuerzas conservadoras de la sociedad, la represión de las fuerzas revolucionarias, el aumento del ejército, la pronta reorganización de la Milicia Nacional sobre bases menos inaceptables que las que ahora tiene, la disolución inmediata de las Cortes de 1854, y la reunión de un Parlamento nuevo para devolver al país el orden legal, de que la estado privado durante los dos años últimos.

Decía ayer nuestro apreciable colega *El Parlamento*:

«Hemos oído decir que muchos de los diputados pertenecientes a la minoría que el gobierno ha denominado *facción* piensan reunirse a la mayor brevedad con el propósito de reconocer por jefe del partido progresista, declarada ya por gran parte de sus más calurosos defensores, de ayer la ineptitud del duque de la Victoria, al generalísimo al dar este paso de adhesión a los progresistas al dar este paso de adhesión a los que se unen a las fracciones conservadoras.»

Efectivamente, una especie parecida a esta hemos oído también nosotros, si bien no creímos conveniente consignarla en nuestras columnas porque nos pareció, y nos parece, un arranque de solapada táctica de los que se interesan en per-

petrar la estrecha política de bandería de los dos últimos años. El partido progresista no existe ya: el partido progresista, arrastrado por sus desaciertos y por su exclusivismo, minado por sus antiguos vicios y tradicionales errores, acosado de todas partes por la animadversión, por el desprecio y hasta por el ridículo, sin un corazón enérgico que le aliente, sin una cabeza inteligente que le dirija, sin un brazo que lo lleve a través de los obstáculos que él mismo se ha creado en el camino del gobierno; el partido progresista, decimos, ha caído en el inmenso abismo donde han venido precipitándose de muchos años acá los elementos dispersos de las banderías políticas, una vez roto el vínculo de cohesión que les unía. Al presente no hay mas que dos partidos en España, como ha dicho con mucha verdad *La Asociación*: el democrático, que no quiere la monarquía y que la combatirá en todos terrenos, y el conservador liberal, al que pertenecen todos los hombres que desean el establecimiento de un gobierno fundado en la institución monárquica y en el principio liberal bien entendido y desarrollado. Al frente de este gran partido nacional está el ministerio presidido por el general O'Donnell, cuyo panegirico no estamos llamados a hacer, pero que, a juzgar por sus primeros actos, está resuelto a seguir una política de legalidad, de tolerancia, de orden, de verdadero progreso, tan distante de las exageraciones del que fué partido progresista, como de las conmociones reaccionarias.

El general O'Donnell, que conoce perfectamente su posición, no tiene que acudir a mendigar un apoyo mercenario en tal o cual fracción militante, porque tiene el de la inmensa mayoría del país, harto desengañada de los hombres que invocando las doctrinas progresistas, le empujaron hacia el mas lastimoso retroceso. El general O'Donnell no se halla, pues, en el caso de ser proclamado jefe de un partido que ya no existe y cuyos restos vergonzantes quisieran perpetuar en el gobierno la política de compadrazgo y de risible maquiavelismo que ha marcado la dominación del partido progresista.

No esperamos ni tememos que el conde de Lucena se deje cojer en tan groseras redes, ni que los diputados a quienes alude *El Parlamento* se sometan a una humillación que se presenta con todos los caracteres de una defección completa.

La cuestión de empleos se agita mucho estos días, como es natural que suceda después de todo cambio importante en las regiones de la política. Nosotros que nada hemos pedido, ni pedimos, ni pediremos a esta ni a ninguna otra situación, porque nos consideramos suficientemente galardados con la satisfacción que siente todo hombre honrado cuando cree servir a la causa de su país, no participamos, si es embargo, de la opinión de los que quieren que el gobierno conserve en sus puestos a todos los funcionarios que han servido a la anterior dominación, así como tampoco participamos del parecer de los que desean un cambio completo en el personal de los empleados. El gobierno debe separar sin consideración de ninguna especie a todos aquellos funcionarios de carácter político que por razón de sus cargos han debido estar identificados con la situación caída, y que no podrían servir, sin faltarse a sí mismos, al gobierno actual. Esta es una medida no solo conveniente y aconsejada por el espíritu de conservación, sino hasta indispensable para la buena marcha administrativa.

Respecto a los empleados subalternos o que no están llamados a influir activamente en la política, el gobierno debe mostrarse, y se mostrará de seguro, tolerante y conciliador, reemplazando únicamente a aquellos que carezcan de suficiente aptitud o de esquisita moralidad para el desempeño de sus cargos. Tales han sido siempre nuestras ideas relativamente a la cuestión de empleados.

La debilidad de las autoridades ha sido causa de que se haya turbado momentáneamente el orden en Santander. El día 19 se formaron algunos grupos, se dieron vivas, se dispararon tiros y se produjo alguna alarma entre los pacíficos habitantes de aquella población. La llegada del correo de Madrid, con la noticia de haber sido ven-

cida la insurrección, devolvió la calma y sofocó el motin que no ha tenido graves consecuencias. Suponemos que el gobierno exigirá la responsabilidad de tales órdenes a las autoridades de Santander que no han querido o no han sabido cumplir con sus deberes.

Hemos oído asegurar que el apreciable señor marqués de Montecastro, cuya esclarecida reputación de hombre honrado y buen patriota no ha podido ser empañada por la torpe calumnia de que ha sido blanco hace poco tiempo, será nombrado gobernador civil de la provincia de Santander. Muchos nos alegraríamos de que se confirmara esta noticia, porque los antecedentes del señor marqués nos dan la seguridad de que sabría desempeñar con celo, inteligencia y lealtad tan importante puesto, y deseáramos que le aceptase en bien de los intereses de aquella provincia.

Los noticieros no descansan un instante en estos días. Ayer especialmente se dieron tanta prensa a discurrir y propagar noticias, que se podían recoger a granel en los cafés, paseos y demás sitios públicos. No obstante, sus esfuerzos son perdidos porque todo el mundo escucha las tremendas espeluzas de los alarmistas como quien oye llover.

Se ha supuesto que habían surgido graves disidencias en el seno del Ministerio, y aun se ha llegado hasta decir que no existía completo acuerdo entre la corona y sus consejeros responsables, sobre cuestiones de alta trascendencia. Todo falso, completamente falso.

El Sr. D. Pedro Bayarri tomó posesión el día 17 del cargo de ministro de Marina.

El Gobernador civil de la provincia de Burgos don Ramon de Salazar ha hecho dimisión de su destino, la cual le ha sido admitida, habiéndose encargado interinamente de dicho gobierno el brigadier segundo cabo D. Juan Gallardon.

El Sr. D. Patricio de Azcarate, Gobernador en comisión de la provincia de Valladolid, pasa a desempeñar el gobierno de Vizcaya. El Sr. D. Antonio Mendez Vigo ha sido nombrado Gobernador de Valladolid.

El teniente general D. Facundo Infante ha hecho renuncia de la inspección de guardias civiles.

Ya ha publicado la *Gaceta* el nombramiento de D. Juan Lorenzana para la dirección general de Administración local del ministerio de la Gobernación.

El director general del sistema carcelario y penitenciario D. Pascual María Cuenca, ha hecho dimisión de su empleo. También la ha hecho el Sr. D. José Antonio Miguel Romero, oficial de la clase de primeros del ministerio de la Gobernación.

Aconsejamos a las personas crédulas que no se dejen alucinar por las falsas noticias que hacen correr los que tienen interés en mantener viva la alarma y en constante agitación los ánimos. He aquí el resumen que publica *La Gaceta* de los partes telegráficos de provincias:

«Los gobernadores de Badajoz, Burgos, Cáceres, Castellón, Salamanca, Segovia, Valladolid y Zamora participan en 18 del actual al ministerio de la Gobernación que se disfrutaba completa tranquilidad en sus respectivas provincias: dan también parte de seguir sin novedad en 19 las de Albacete, Alicante, Murcia, Avila, Ciudad-Real y Toledo.»

Según parte del gobernador de la provincia de Santander, fecha 18 del corriente, en aquel día había ocurrido en la capital un pequeño movimiento producido por unos pocos individuos de la Milicia nacional, que fué instantáneamente reprimido por las autoridades. A la salida del correo continuaba la población en completa tranquilidad.

Las de las demás provincias son en lo general satisfactorias.

prodigiosa actividad de aquel hombre una especie de impaciencia que le hacia contar los momentos de su permanencia en Cadenet como otros tantos años de destierro; pero el aspecto de aquella linda joven cambiaba todas sus impresiones y se sentía muy inclinado a sacrificar algunas emanas para llevar a buen término la importante y secreta misión que le llevaba cerca del baron de Cadenet.

III.
Era cerca de media noche cuando subió Guilio a la habitación que debía ocupar mientras permaneciese en el castillo de Cadenet.

Guilio de Gravaux, y le dijo:
—Estareis bien aquí; habeis de saber que han dormido en esta pieza personajes, según lo atestigua el libro de la familia.

Al levantar el criado las cortinas de la alcoba, descubrió una cama de cinco pies de alto y capaz de acostarse en ella cinco personas. Las sábanas arrastraban hasta el suelo, y en la cabecera había un cristo al lado de una pila de marmol; las paredes de la alcoba estaban adornadas con una colgadura que representaba los personajes de la Pasión. Todo aquello tenía el lugubre aspecto de una capilla mortuoria; sentóse en un sillón de burota, y alzando los ojos, encontró la cara del mal ladrón que le hacia un gesto horrible. No era Guilio cobarde, pero se impresionaba con facilidad; sintió pues un vago malestar en la mediocridad de aquella lugubre habitación donde iba a quedar solo.

—Caballero, dijo tratando de retener a de Gravaux, yo no tengo mucho sueño; dónde está vuestra habitación?

El capitán general de Valencia, en despacho telegráfico participa que Valencia sigue tranquila. El comandante general de Teruel con la guarnición se ha puesto a sus órdenes. En Alicante ha sido dominado el movimiento por la guarnición y mayoría de la Milicia y ha sido disuelta la diputación y ayuntamiento; quienes con el gobernador Norato a la cabeza, acordaron el día 17 obedecer las órdenes que emanasen de la Asamblea nacional. Cartagena, Castellón de la Plana y Morella, sin novedad. En Murcia las cosas habrán vuelto a estas horas a su estado normal, y lo mismo en Jaén.

Concluye la interesante reseña publicada por nuestro colega *La España* sobre los acontecimientos de la semana anterior:

«Dejamos a las tropas concentradas en la Puerta del Sol, sus inmediaciones y Plaza Mayor, y a los generales combinando las operaciones para el ataque general del barrio de Toledo y plaza de la Cebada. Lo primero que se hizo fué construir una batería a la entrada de la calle de Toledo, artilandole con piezas de la brigada a caballo para batir las casas que forman atad frente a San Isidro, en las cuales se escondían los insurrectos. Esta batería hizo un fuego muy certero, y en ella fué herido el teniente Hinesrosa. Las tropas quedaron divididas en tres columnas, la primera al mando del general Dulce, la segunda al del brigadier O'Donnell, y la tercera al del mayor de la plaza brigadier Marmol.

El general Dulce tomó la vuelta por la calle de Carretas para desembarcar en la Concepción Gerónica y por Barrio Nuevo en la plazuela del Progreso, donde los amotinados tenían varias barricadas con artillería. En estas operaciones recibió el general Dulce un balazo de los que se llaman afortunados, pues le habia dejado muerto en el acto, a no haberse aplastado la bala en una de las placas que llevaba, la cual, sin embargo de ser muy gruesa, quedó hecha pedazos. La confusión fué tan terrible que hubo necesidad de acudir inmediatamente al recurso de una sangría y de acudir al general continuó a caballo al frente de su columna. La plazuela del Progreso, defendida con tenacidad, cayó en poder de las tropas con la artillería que había en las barricadas. Las demás columnas acometieron simultáneamente ganando terreno casi siempre con dificultad, pues los insurgentes estaban atrinchados en las casas.

Al emprender el general Dulce su movimiento destacó dos escuadrones de caballería de *Talavera* al mando del coronel Letona, con el objeto de que se apoderaran del puente de Toledo y sus inmediaciones, por sí los insurgentes, viéndose perdidos en la población, trataban de salir al campo. Igual precaución se tomó en el puente de Segovia. Esta caballería, que mas tarde fué reforzada con una batería de artillería, marchó por la calle de Atocha, sufriendo bastante fuego, para dar vuelta por la ronda y situarse en el puente de Toledo. A su llegada estaban batidos y defendiendo la fábrica del gas unos 20 ingenieros con otros tantos nacionales del tercer batallón de línea, destacados de palacio, contra paisanos armados de escopetas y fusiles de los que habitan en los barrios del Canal y del Rio. Desembarazado el destacamento de la fábrica del gas, los artilleros aproximaron dos piezas a la puerta de Toledo, y a los pocos disparos desportillaron una de las de hierro. Entonces apareció en guisa de parlamentario, con bandera blanca, montado en un caballo alzan el comandante del escuadrón de la Milicia nacional de caballería del barrio, conocido por Miguelo, manifestando que los nacionales de la calle de Toledo estaban todos por el orden, pero que subyugados por los republianos atrinchados en San Isidro, no se atrevían a pronunciarse abiertamente.

Añadió que si se concedía una tregua de media hora él creía tener bastante ardiente y prestigio sobre sus correligionarios para hacerles entrar en la razón, y de ellos a que entregasen las armas, incluidas las piezas de artillería. El coronel Letona, a quien Miguelo habia estas proposiciones, le contestó que los momentos eran críticos, y que lo mas que concedería sería un cuarto de hora, tiempo sobrado para conseguir el objeto si es que en realidad los ánimos estaban favorablemente predisuestos. El parlamentario marchó, prometiendo volver puntualmente, como así lo verificó, diciendo que cuando ya tenía convenidos a los nacionales y se disponían a venir a entregar las armas, se había presentado un emisario anunciando la próxima llegada del brigadier Gorrea con cuatro batallones del ejército a favor de la insurrección, cuya noticia habia exaltado tantos ánimos, que no se le habia quedado mas partido que salirse inmediatamente a buscar asilo entre las tropas.

A poco rato de esto la concurrencia llegó el general Concha con los generales Ros de Olano y Urbiztondo, seguidos de una columna compuesta de varias compañías del 5.º regimiento de artillería, de cazadores de Madrid, de alguna caballería y varios cañones. Enterado el general Concha por la relación de Miguelo del estado en que se encontraba la calle de Toledo, dispuso inmediatamente el ataque, que ejecutaron las tropas con la mayor impetuosidad, apoderándose a bayoneta de las barricadas y edificios. Este ataque a

—En el piso segundo, encima de esta. Buena noche deberéis ir ar cansado.

—No tal, y si no temiese abusar de vuestra complacencia, os relendría lo menos dos horas, porque tengo mas deseos de hablar que de dormir.

—Pues en ese caso hablémoslo, dijo de Gravaux llevando una silla cerca de la chimenea, así como as tampoco tengo gran prisa de subir a mi cuarto, porque acostumbro a dormir sino cuatro horas.

—Pues es una preciosa facultad.

—Que doy al diablo muchas veces, porque el sueño es el mejor amigo del hombre; le desansa de sus cuidados y de sus fatigas, y lleva al alma al himno donde estaba antes de venir al mundo.

—Según y conforme; hace treinta años pensaba y lo mismo, pero ahora....

Apoyó de Gravaux sus pies en la chimenea y continuó gravemente:

—Vos sois aun joven, rico, no habeis tenido que humillaros delante de nadie, ni habeis sufrido en vuestro orgullo ni en vuestras afecciones; por eso os creis dichoso.

—Tal vez, dijo Guilio con dulce sonrisa. ¿Qué hombre hay a quien todo salga bien sin obstáculos ni disgustos? Pero al menos no me estrellado contra las desgracias que me han herido; me he doblegado ante ellas y he vuelto a levantar la cabeza siempre después la tempestad jamás deja de triunfar de todo, el que sabe esperar, es un vencedor.

—Hay hombres desgraciados, dijo de Gravaux. Mirad lo que os rodea y os convenceréis de ello.

—Y así que no es feliz la vejez del baron de Cadenet; pero la religión debería haberle exhortado a la resignación.

(Se continuará.)

FOLLETIN.

EL CASTILLO DE SAN GERMAN,

POR H. HARNAUD.

LIBRO PRIMERO.

(Continuación.)

—Primo, dijo el caballero de Gravaux presentándole al extranjero, he aquí un caballero que acaba de egar de Italia.

—De Roma tal vez? preguntó el baron con una ligera emoción en la voz.

—Sí, señor, vengo de Roma; habia ofrecido a una persona a quien ambos hemos llorado que vendría a visitarnos cuando pasase por la Provenza. Tal vez en sus cartas os habra hablado de Guilio de Mazar.

Estuvo meditando un momento el baron; después alargó la mano al italiano diciéndole:

—Sed bien venido, caballero; os agradezco mucho que hayais venido a visitar a un pobre viejo abandonado del mundo y de la fortuna. Sentao en la chimenea; hace frio como en diciembre.

El señor Guilio se dejó conducir al inmenso hogar donde ardian dos enormes troncos, y dirigió una mirada de sorpresa a su alrededor. Encontrábase fuera de su centro en aquella hospitalidad de otro siglo. Re-

cordó las fiestas y los palacios de la suntuosa Italia, y se entristeció profundamente de tener que vivir algunos días en medio de aquellas singulares y añejas costumbres.

En medio de la habitación había una gran mesa, y un sillón de alto respaldo indicaba el puesto del baron. A su derecha había cuatro cubiertos y otras tantas sillas vacías. En el quinto puesto estaba de pie un capuchino esperando la cena; era el capellán, quien por diez libras tomeras al año decia todos los días misa en la capilla y las gracias en las comidas. A una respetuosa distancia de la mesa de los señores había puesto para unos treinta criados, entre ayudas de cámara, pastores etc.

—Parece que voy a cenar yo con toda esta gente! dijo para el extranjero. *Per Dio!* esto haria reír al señor cardenal, si viera lo que tengo yo que sufrir para servirle.

—Primo, dijo el baron a de Gravaux, cuento con vos para que me ayudeis a recibir dignamente a mi huésped. Señor de Mazar, espero que me hareis el favor de no considerarnos aquí como un transeunte.

Inclinóse el extranjero y respondió:

—He venido con el deseo de conocer a un caballero de gran corazón y de gran reputación; no se cansa un tan pronto de tan buena compañía, y será nuestro huésped mientras me lo permitan los apremiantes asuntos que me llaman a Paris.

—Entonces cazaremos, dijo de Gravaux. Sois cazador?

—No mucho.

—Lo siento; es el mejor para tiempo de la nobleza.

Se sirvió la cena, que estaba reducida a una colación tan frugal como lo que se encuentra en las vispe-

peras de una buena fiesta en los refectorios de un convento. Nadie se movía y el forastero iba a preguntar a de Gravaux que a quien se esperaba, cuando un criado abrió las dos hojas de la puerta, y dijo:

—La señora condesa de Saut y la señorita de Noves.

Todos se levantaron en seguida. Entraron dos señoras y fueron a colocarse cerca del baron de Cadenet. Era una tan vieja, que apenas se podia calcular si habia sido o no bella por entre sus arrugas, tenía el paso activo e imponente. Sus cabellos, enteramente blancos estaban metidos en una gran cofia. Llevaba un vestido de lana morado, ceñido con el corlon de San Francisco.

La otra señora estaba en la flor de su edad, y su belleza tan fresca y tan juvenil brillaba entre aquellos viejos rostros como una rosa en un matorral de espinos. Tenia las facciones finas y encantadoras, las pestañas negras, los cabellos rubios y los ojos de un azul oscuro. Vestía un color verde; llevaba el pelo trenzado en forma de corona, y tenía en su mano un ramo de violetas.

El baron presentó su huésped a la condesa de Saut; llevóle después delante de la joven y le dijo:

—Es mi sobrina, caballero, la señorita Laura de Noves. Sentao a su lado; ella os hablará en vuestro hermoso idioma italiano, que le es tan familiar como el francés.

Inclinóse el italiano con respeto, pasó por sus labios una sonrisa de satisfacción y echó a su alrededor una alegre mirada. Aquella sala ahumada y sombría, aquellos rostros asperos, aquellas grandezas provinciales, aquellas costumbres de otra época no le entristecieron; todo le pareció risueño y de buen gusto. Había en la

(continued)

to procurar minimizar sus maquiavélicos intentos;

... corresponden a la apreciación que cada individualidad ó cada fracción política hacia de los hechos pasados, y á sus aspiraciones ó á sus temores para l

ningun corazon leal, en ningun buen patricio, en nadie que se interese en favor de las instituciones constitucionales de España. Los que sean realmente

argo, á las dos horas de un fuego mortífero y no interrumpido, consiguió la retirada del enemigo, disponiendo instantáneamente ocuparlos por una compañía

Dice El Leon Español:

«Es ya cosa averiguada que el telegrama jugó desde esta capital a las provincias a los de la resolución de la crisis ministerial, y también es cosa sabida que se trasladaron órdenes y avisos particulares para que se soslayen los vientos revolucionarios en el caso de que abandonase la dirección del gobierno el señor duque de la Victoria».

Como la completa averiguación de este asunto es de la incumbencia del gobierno, a nosotros no nos compete hacer cargos ni recriminaciones de ningún género, seguros como estamos de que la justicia cumplirá con sus deberes».

El Diario de los Debates publica un artículo sobre el nuevo orden de cosas establecido en España. He aquí algunos de sus párrafos:

«Los horribles desórdenes que estallaron en las provincias de Castilla y de Navarra, y de que hemos hablado hace poco, habían llenado de turbación a los ministros de la Reina; las medidas adoptadas en el terreno por el ministro de la Gobernación no habían tenido a los malhechores; todos los días se hablaba de nuevos atentados cometidos con furor salvaje contra las personas y las propiedades. El mal se había hecho intolerable; exigía una represión pronta, enérgica e inteligente. Los ministros no se entendían. El general O'Donnell quería que se buscasen las primeras causas del mal, sin consideración de nadie, y que se castigase mas bien a los instigadores y a los organizadores de la devastación que a los agentes subalternos y oscuros. No aprobaba las ya numerosas ejecuciones de hombres y mujeres del pueblo, probablemente estraviados por sugestiones más altas que ellos».

Hace después una reseña de la crisis ministerial, y continúa:

«La retirada del general Espartero es un hecho considerable, cuyas consecuencias no es posible prever hoy. Desde hace dos años todo el mundo estaba conforme en considerar la unión de los dos generales y su presencia simultánea en los consejos de la corona como una necesidad. ¿Qué sucedería después de su separación? Lo que ha debido favorecer la formación de la nueva administración presidida por el general O'Donnell, sin el concurso del general Espartero, es la pronunciada reacción que desde hace algunos días se manifestaba en Madrid y en las provincias, contra los excesos de los demagogos y de los comunistas; las poblaciones estaban espantadas de la audacia y de la perversidad de las partidas organizadas para el asesinato, el pillaje y el incendio. Es probable que esta reacción es la que decidió a la Reina a confiar al general O'Donnell la formación del gabinete, y al general a aceptar sin vacilar esta misión de la Reina».

«Si se juzga por los precedentes conocidos de los ministros, se debe creer que el gabinete presidido por el general O'Donnell está dispuesto a gobernar con firmeza y moderación, y sin salir del régimen de la ley. La firmeza, la energía, la actividad son las cualidades dominantes del general O'Donnell; frecuentemente las ha manifestado desde hace dos años no solo en sus funciones de ministro de la Guerra, sino también en cuanto ha dependido de él, en la dirección general de los asuntos. El general O'Donnell está dotado de un espíritu fresco y de una inteligencia pronta, ejerce una grande autoridad en el ejército, y ha conseguido tener una autoridad casi igual en la asamblea».

«Hemos tenido ocasión mas de una vez de hablar del Sr. Ríos Rosas, ministro de la Gobernación: es un hombre de una virtud severa, sencillo y modesto, de rara firmeza, de un valor que nada conmueve. El señor Ríos Rosas es un realista constitucional consagrado a defender la causa de la Reina, que no se separa de la de las instituciones liberales. La Asamblea escucha siempre al Sr. Ríos Rosas con benevolencia, no solo por la consideración que tiene a su talento de primer orden, sino porque le tiene por un verdadero hombre de honor. El señor Ríos Rosas está destinado a ejercer una grande autoridad por el ascendente de su carácter».

«El ministro de Gracia y Justicia Sr. Luzuriaga, es conocido desde hace mucho tiempo; es un antiguo magistrado, estimado y honrado; el general Espartero le cuenta entre sus más íntimos amigos».

«El Sr. Pastor Díaz, ministro de Estado, es uno de los diplomáticos mas honrados y conocidos en España. Dejó su entrada en la carrera diplomática al señor Pacheco, jefe del ministerio que gobernó a España hace algunos años, y que se llamaba el ministerio de los puritanos. El Sr. Pastor Díaz representaba al gobierno de la Reina Isabel cerca del gobierno de Cerdeña en clase de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario. Hacía poco que había venido a Madrid con licencia. Tiene la ventaja de conocer a Europa y de haber sido siempre extraño a las intrigas que han agitado con tanta frecuencia a España».

Después de este análisis, dice el mencionado periódico que se cree que la Milicia Nacional será disuelta en toda España y reorganizada bajo otra base; que se promulgará la Constitución, y que las Cortes Constituyentes declararán terminado su encargo».

Nosotros tenemos entendido que el plan del gobierno es disolver las Cortes desde luego. Pública es la opinión de El Occidente en este gravísimo asunto, para que tengamos necesidad de insistir en ella. En momentos de peligro, cuando se trataba de ahogar la voz de la prensa con las denuncias, hemos levantado muy alto nuestra bandera, y no cejaremos por nada en nuestra empresa».

Nosotros dirigimos nuestra voz amiga al gobierno: la situación del país es gravísima y es preciso gobernar con arreglo a ella. La reunión de las actuales Cortes sería un mal, aun cuando no fuera sino para disolverse, y no creemos que el general O'Donnell, amañado con una costosa experiencia, se exponga a provocar un conflicto. No hay que hacerse ilusiones: la situación es dictatorial, y el gobierno debe hacer uso de las facultades extraordinarias que por las circunstancias tiene, en beneficio del país. Las Cortes Constituyentes están virtual y moralmente muertas desde el momento en que el gobierno las ha calificado con el epíteto de facciosas. Sería lógico ni racional que este mismo gobierno se presentara ante un cuerpo que legalmente no existe? Urge, pues, y no nos cansaremos de repetirlo, que se constituya el país, y que inmediatamente se convoquen Cortes ordinarias con arreglo a la Constitución».

Por conducto autorizado recibimos la siguiente carta:

«Oñate, 18 de julio.—Ayer corríeron por esta proclamación del gobernador de Murcia que a la diputación y Milicia Nacional representaba a la Reina para que dejase sin efecto el nombramiento del general O'Donnell».

En Alicante también el gobernador Sr. Norato y la diputación provincial oficiaron a esta y otros pueblos manifestando que la población con la milicia se había pronunciado en favor del general Espartero y en contra del nombramiento de O'Donnell, secundando los deseos de su señoría y de dicha corporación. En algunos pueblos siguió el movimiento con gran repique de campanas y paseos del retrato de Espartero; pero a la hora en que escribo parece que se ha paralizado todo retirándose los promotores».

El comandante del 7.º batallón de la milicia D. Liborio Carreras, guarda-almacén en Alicante, también dio su proclama y alarido en la noche del 16 algunos pueblos pacíficos, promoviendo los pronunciamientos arriba indicados».

Después de visto el resultado del combate de Madrid, el Sr. Norato ha hecho dimisión y hasta dicen que ha desahogado con algunos diputados provinciales y el referido Carreras».

Por último, el ayuntamiento de esta ciudad, después de algunas vacilaciones, que pueden disimularse por lo bien que ha salido sosteniendo el principio de autoridad, ha mandado una comisión, representada por el

primer alcalde, al comandante general poniéndose a sus órdenes y ha dirigido una respetuosa arenga al general O'Donnell por haber venido a los socialistas en las calles de Madrid».

La Revista Militar publica un notable artículo en honor del ejército, que tan enemigo de la reacción como de la licencia, ha salvado el trono y la sociedad siempre que se han visto en peligro. Haciéndose cargo después de lo ocurrido en Zaragoza, donde al parecer las tropas han permanecido pasivas, se expresa así:

«No queremos juzgar prematuramente su conducta, porque carecemos de los datos necesarios, pues todo lo que hasta ahora sabemos, es que se han limitado a obedecer las órdenes del capitán general, representante del gobierno, a cuya autoridad estaban sometidos. Hasta cierto punto su proceder se explica por el rigorismo de la ordenanza; y nada habrá que decir legalmente de ellas si al saber la declaración del gobierno y la destitución del jefe insurrecto le abandonaron, y se presentaron a la autoridad legítimamente constituida».

En tan extraño la mayor parte de lo ocurrido en Zaragoza, que para comprenderlo bien son necesarias algunas explicaciones. Sabido es que el general Espartero había llegado a formar de la ciudad siempre heroica una especie de tierra fuerte de color rojo, en que no se reconocía mas voluntad que la suya. Las personas sensatas de Zaragoza, es decir, la mayoría de la población, no se sentían menudamente a reconocer al Sr. y a la gente bullanguera, lo reclamaba en todas ocasiones como tal y pasaba como cosa averiguada que Espartero era el ídolo de los zaragozanos».

Por efecto sin duda de esta universal creencia, y animado el general O'Donnell de ese espíritu conciliador y deferente hacia el hombre en que se personificaba la revolución de julio, espíritu que ni aun en los mas críticos momentos le ha abandonado, procuró siempre que el mando de Aragón recayese en persona especialmente afecta al duque de la Victoria. Lo mismo sucedía en todos los demás ramos de la administración pública. Cuando por causas sobradamente conocidas fue preciso relevar al general Gurrea, se nombró en su lugar al general Falcon, que aunque de escaso concepto como militar, reunía la circunstancia de pertenecer a la fracción esparterista. Por otra parte se le tenía por jefe pendoroso y subordinado, hasta tal punto que al estallar la crisis se creyó que si no estaba conforme con el cambio de ministerio, tomaría el partido de retirarse, resignando el mando; partido honroso, pero por el cual no le tenía valor para adoptar. El sustituto cabía era el brigadier Moreno Zaldarriaga, en quien los años han adojado los resortes de la energía; y en cuanto al gobernador, lo único que sabemos es que pertenecía a la pandilla. Las tropas existentes en el distrito de Aragón consistían en tres regimientos de infantería, Zaragoza, América y Almansa; el regimiento de caballería de Farnesio, una batería de artillería montada, destacada de Madrid, y dos baterías del segundo regimiento, destacadas de Valencia. Toda la artillería y la caballería estaban en Zaragoza; de infantería solo había tres batallones; de los otros tres, dos cubrían los destacamentos del distrito, y el tercero de Almansa se había situado en Soria, a consecuencia de los últimos sucesos de Valladolid. El regimiento de Zaragoza estaba mandado por el coronel Smith, que según los papeles públicos hace parte como vocal de la junta revolucionaria. Del de América era jefe el brigadier Perez, sugeto de escasos alcances y que desde la clase de soldado ha hecho su carrera por influencia del general Espartero, a quien por lo común llamaba el Señor. Por último, estaba al frente de Almansa el coronel Anton, militar de buenas prendas, pero que de dos años a esta parte había caído en una exaltación de ideas que rayaba en frenesí».

La generalidad de los jefes y oficiales de estos tres cuerpos nada dejaba que desear bajo el punto de vista de la subordinación y disciplina. El espíritu de la artillería era inmejorable, y lo mismo sucedía con el regimiento de caballería de Farnesio, sin embargo de que su jefe el coronel Cuenca estaba desde hace mucho tiempo dando de baja por enfermo. Tal era el estado militar; y por lo que respecta al político o civil, bastará decir que el gobernador, con tres o cuatro personas tenidas por demócratas, formaba una especie de club, de cuya influencia no acertaban a libertarse ni el capitán general ni el segundo cabo. Este club, reforzado con seis o ocho diputados constituyentes que habían llegado a Zaragoza no hace muchos días, ha sido indubitablemente la causa de la rebelión, a la cual ha tenido el general Falcon la debilidad de adherirse, cuando pudo muy bien evitar el compromiso, pues daba la casualidad de que se encontraba en los baños de Fitero, desde cuyo punto volvió a Zaragoza a echar el sello a la revolución. El hecho de mas gravedad ocurrido hasta ahora, es la vuelta a Zaragoza del batallón de Almansa que estaba en Soria. El gobierno había dispuesto de él, pero por lo visto, entre el cumplimiento de su deber, si es que sabía lo acaecido en Madrid, y las órdenes del capitán general, ha preferido lo último. Tanto de este cuerpo como de todos los demás, los oficiales se van retirando, a medida sin duda que encuentran ocasión de hacerlo. Algunos han llegado ya a Madrid».

Hemos entrado en todos estos pormenores para que pueda formarse juicio acerca de la presión que ha debido ejercer sobre el ministro de la Guerra, y para que se vea que no están ni sus simpatías ni sus deseos, y de propósito, lejos de omitir ninguna circunstancia ni de atenuar ni un hecho, lo hemos presentado en completa desnudez, dando además por supuesto y como todo lo mas peor que en sentido revolucionario ha podido suceder. Hemos preferido este sistema de franqueza al de la disimulación, porque una vez conocida toda la extensión del mal, es mas fácil aplicar con oportunidad los remedios».

El artículo de La Revista concluye así:

«Sin temor de que los acontecimientos nos desmientan, vamos a predecir lo que en término breve sucederá en Zaragoza. Las tropas seducidas momentáneamente bajo la presión del capitán general y del rigor de la ordenanza, volverán al campo del gobierno en cuanto tengan ocasión de conocer la verdad; los corifeos de la rebelión procurarán salvarse en Francia; los infelices que solo hayan servido de instrumentos y para aumentar el número apelarán, y a nuestro modo de ver no en vano, a la generosidad del gobierno; por la frontera entrarán muchas cargas de contrabando, y no faltarán especuladores que hagan su negocio, y por último, Zaragoza quedará espurgada de los revoltosos que la ponen a menudo en co-moción, y continuará siendo una ciudad tan pacífica y obediente como lo ha sido en épocas normales. Por otra parte, que ha de hacer Zaragoza cuando su ídolo se conduce del modo prudente que lo ha hecho la Reina? A no ser que quiera pasar por mas esparterista que Espartero, no sabemos que le quede mas recurso que someterse sin tardanza al imperio de la ley».

De conformidad con lo propuesto por mi Consejo de ministros, vengo en admitir a D. Ramo de Salazar la dimisión que ha presentado del cargo de gobernador de la provincia de Burgos, quedando satisfecho del celo y lealtad con que lo ha desempeñado, y declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El presidente del Consejo de ministros, Leopoldo O'Donnell.

De conformidad con lo propuesto por mi Consejo de ministros, vengo en mandar que se encargue interinamente del gobierno de la provincia de Valladolid, para desempeñar el gobierno de Vizcaya que obtuvo en propiedad por real decreto de 12 de junio último. Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El presidente del Consejo de ministros, Leopoldo O'Donnell.

De conformidad con lo propuesto por mi Consejo de ministros, vengo en nombrar gobernador de la provincia de Valladolid a D. Antonio Menéndez Vigo, diputado a Cortes.

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El presidente del Consejo de ministros, Leopoldo O'Donnell.

De conformidad con lo propuesto por mi Consejo de ministros, vengo en admitir la renuncia que del cargo de inspector general del cuerpo de guardias civiles ha presentado, con fecha 16 del actual, el teniente general D. Facundo Infante.

Dado en Palacio a 19 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Guerra, Leopoldo O'Donnell.

De conformidad con lo propuesto por mi Consejo de ministros, vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir a D. Pascual María Cuenca la dimisión que ha presentado del cargo de director general del sistema carcelario y penitenciario, quedando muy satisfecho del celo y lealtad con que lo ha desempeñado, y declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

De conformidad con lo propuesto por mi Consejo de ministros, vengo en admitir a D. Ramo de Salazar la dimisión que ha presentado del cargo de gobernador de la provincia de Burgos, quedando satisfecho del celo y lealtad con que lo ha desempeñado, y declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El presidente del Consejo de ministros, Leopoldo O'Donnell.

De conformidad con lo propuesto por mi Consejo de ministros, vengo en mandar que se encargue interinamente del gobierno de la provincia de Valladolid, para desempeñar el gobierno de Vizcaya que obtuvo en propiedad por real decreto de 12 de junio último. Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El presidente del Consejo de ministros, Leopoldo O'Donnell.

De conformidad con lo propuesto por mi Consejo de ministros, vengo en nombrar gobernador de la provincia de Valladolid a D. Antonio Menéndez Vigo, diputado a Cortes.

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El presidente del Consejo de ministros, Leopoldo O'Donnell.

De conformidad con lo propuesto por mi Consejo de ministros, vengo en admitir la renuncia que del cargo de inspector general del cuerpo de guardias civiles ha presentado, con fecha 16 del actual, el teniente general D. Facundo Infante.

Dado en Palacio a 19 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Guerra, Leopoldo O'Donnell.

De conformidad con lo propuesto por mi Consejo de ministros, vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

Dado en Palacio a 18 de julio de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Antonio de los Rios y Rosas.

Vengo en admitir la dimisión que del cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la gobernación ha presentado D. José Antonio Miguel Romero, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda».

La telegrafía privada trasmite los despachos siguientes:

Londres, martes 15 de julio.—En la sesión de la Cámara de los comunes de esta noche, lord John Russell ha presentado su moción sobre Italia. Desarticularon su moción, ha dicho que su intención no era alentar a los liberales italianos, si los gobiernos no están dispuestos a intervenir en su favor».

No desea que Inglaterra intervenga en este país, pero quisiera que se pusiera término a la ocupación por los ejércitos extranjeros. Desearía saber lo que se piensa hacer por la Cerdeña, y cuales son los planes de gobierno en este asunto».

Lord Palmerston asegura que Inglaterra no abandonará a Italia, pero añade que la discreción le prohibe dar otras explicaciones sobre el particular».

M. Bowyer dice que Francia e Inglaterra deben evacuar dentro de poco los estados pontificios».

M. Disraeli considera la intervención inglesa como inútil, porque en este caso las sociedades secretas quedarían victoriosas en Italia, lo que no permitirían ni Austria ni Francia».

Lord John Russell se declara satisfecho con la respuesta de lord Palmerston, y retira su moción que pedía se presentasen las correspondencias extranjeras que han mediado sobre la cuestión de Italia».

En la Cámara alta, lord Lyndhurst ha hecho también una moción sobre los asuntos de Italia. Lord Clarendon ha respondido, como lord Palmerston, que la intención de Inglaterra no era abandonar a Italia; pero que las negociaciones aun pendientes no permitan dar pormenores sobre el particular».

Lord Lyndhurst no persistió en su moción».

Atenas 9 de julio.—El ministro Christopoulos ha tomado la iniciativa de una suscripción en Grecia en auxilio de los inundados franceses. S. M. la reina se ha suscrito por 10,000 fr.

La cosecha de uva en Corinto es magnífica. Marsella, martes 15 de julio.—Han llegado a nuestro puerto muchos cereales».

El paquete de las mercancías imperiales el Sinai acaba de llegar con noticias de Constantinopla del 7 de julio».

El contra-almirante Trebonari había llegado. Los turcos esperan que sea completa la evacuación antes del 31 de este mes».

Los bashi-bozouks de Schumla han sido licenciados. Ha vuelto a Constantinopla el general Smith».

Los rusos deben dar un banquete a los generales Codrington y Pelissier».

Las noticias de Galatz, del 25 de junio, dicen que la com sion ha hecho tres trazados para la delimitación de la frontera, los cuales van a ser sometidos al gobierno».

Marsella 15 de julio.—El Sinai trae noticias de Constantinopla del 7 de julio».

El Sultán ha hecho preparar dos palacios así como dos magníficos convoyes para el mariscal Pelissier y el general Codrington. El gran visir debió presidir el banquete dado a los generales».

La evacuación de Constantinopla por las tropas aliadas debe estar concluida en la primera quincena».

Los hospodares de Moldavia y de Valaquia han sido destituidos; serán reemplazados por simples tenientes que aun no están designados».

El Diario de Constantinopla anuncia que el trazado de las fronteras de Besarabia aprobado por el Congreso es impracticable. Se van a someter otros dos trazados a las potencias occidentales».

El Kierdistan y la Armenia están sufriendo los rigores de la miseria, así como una viciosa epidemia».

En Grecia aumenta la miseria el latrocinio. Los ministros helenos han patrocinado una suscripción para los inundados de Francia».

Viena, lunes 15 de julio.—Las noticias de Constantinopla, transmitidas por la línea de Bucharest, y que tienen la fecha del 9 de julio, anuncian que el general Pelissier ha desembarcado en el Cuerno de Oro, viniendo de Crimea».

La legión alemana, luego que se hayan embarcado completamente las tropas francesas, establecerá su campo en Malak».

La bolsa de Constantinopla, a la salida del correo, estaba en baja».

En la Gaceta de Postas de Frankfurt del 12 de julio, se lee lo siguiente:

«La Dieta, en la sesión del 10 de julio, ha dispuesto que en nombre de la Confederación germánica aceptaba la declaración que ha sido acordada en las conferencias de París por los plenipotenciarios reunidos y firmada el 16 de abril último como anexo al protocolo 24, con motivo de la interpretación y aplicación del derecho marítimo, adhiriéndose además al deseo manifestado en el protocolo 23 de la conferencia de París del 14 de abril de que los Estados entre los cuales surgiesen contestaciones graves hubiesen de reclamar la mediación de una potencia amiga en cuanto las circunstancias lo permitiesen».

Algunos ministros han declarado que los gobiernos están dispuestos a cooperar a la introducción de un código general de comercio, y a constituir una comisión que se encargue de redactarlo».

—Dos purgatorios.—Refieren de cierto sastre, que después de haber sufrido mil impertinencias y mil tratos de su cara esposa, pagó el tributo que hasta el día todos han depositado en manos de la inextinguible muerte. Parece que nuestro sastre se dirigió en línea recta hacia la puerta del cielo; San Pedro le salió al encuentro, y le preguntó si había estado en el purgatorio».

—No, contestó el sastre; pero he sido casado».

—Eso viene a ser lo mismo; pues adelante».

Apenas había entrado por la puerta del cielo, le llamaron al atencion otro penitente que solicitaba igual privilegio. Era el tal un magistrado de figura poco menos que cuadrangular, y de disposiciones nada pacíficas. Desde luego pidió a San Pedro en tono magistral que le abriese la puerta».

—No tan prisa; señor mío, contestó San Pedro. Ha purgado V. sus culpas en el purgatorio?»

—Y ¿qué caso vienen mis culpas, o si las he purgado o no? ¿No se consiente que entre en el cielo el sastre de tan triste pelaje, que sabe tanto de purgatorio como yo, puesto que jamás ha estado en él?»

—No importa, contestó San Pedro. Ha sido casado y esto basta».

Pues si eso basta, yo he sido casado dos veces, replicó el magistrado, creyendo ganar el cielo de este modo».

—Ahora menos que nunca será admitido en el cielo, porque has de saber que el paraíso no se hizo para los tonlos».

—Asesinato.—El sábado por la tarde han asesinado a traición a dos soldados en la calle de Cedaceiros. Estos atentados salvajes exigen la mas terrible justicia».

—Viaje.—El brigadier D. Juan de Ortega salió hace días para París para asuntos industriales».

—Separación.—

CRONICA RELIGIOSA.

SANTO DE HOY.

Santa María Magdalena, Penitente.

CULTO DIVINO.

Cuarenta horas en la iglesia de religiosas Recoletas,

donde se celebra función a Santa María Magdalena,

que dirá D. Miguel Simón de la Torre, y por la tarde

solennemente completas y reserva. También se festeja a

la misma santa penitente en la iglesia de Jesús Naza-

reno (a expensas de las religiosas Magdalenas), ha-

biendo misa mayor a las diez, con descubierta y será

monje predicador D. Antonio Macia, y por la tarde

solennemente visita de altares. Sigue la novena de Nues-

tra Señora del Carmen, predicando en su iglesia titu-

lar, por la mañana D. Castor Compañía, y por la tar-

de D. Joaquín Corral; en San Ginés D. Gregorio Mele-

ro y D. Antonio Macia, y solo por la tarde en San Lo-

renzo dicho Sr. Compañía. En el colegio de los Por-

tugueses se tributará a su titular San Antonio el culto

que todos los martes, y en los Italianos y oratorios ha-

bra por la noche ejercicios.

OBSERVACIONES METEOROLOGICAS DE AYER.

TERMOMETRO.

EPOCAS. REAUMUR. CENTIGR. BAROMETRO. VIENTOS.

7 de la m. 18 1/2 s. 0. 22 1/2 s. 0. 26 p. 6. 1. NE

12 de la m. 30 3/4 s. 0. 37 1/2 s. 0. 26 p. 6. 1. NE

5 de la tar. 28 s. 0. 35 s. 0. 26 p. 5. 4. 1. NE

EFEMERIDES ASTRONOMICAS DE AYER.

Es el día 204 del año y el 31 del estío.

SOL. Salio a las cuatro horas y 41 m.—Se pone a

las 7 h. y 19 m.

El día dura 14 h. y 38 m.—La noche 9 y 22 m.

CRONICA MERCANTIL.

BOLSA DE MADRID DEL 21 DE JULIO DE 1856.

Precios al contado publicados en Bolsa.

Títulos del 3 por 100 consolidado, 40,50 y 30 c.

Precios corrientes no publicados en Bolsa.

Títulos del 3 por 100 diferido, 24,55 c.

Amortizable de primera, 12,25 p.

Amortizable de segunda, 00 p.

Emisión de 1 de abril de 1850. Fomento a 4,000

80 d.

Idem de 2,000, 85 d.

Idem 1 de junio de 1851, de 2,000, 00 p.

Idem 31 de agosto de 1852, de 2,000, 00 p.

Acciones del Banco de España, 000.

Acciones del canal de Isabel II de 1,000 rs. 8 por

100 anual, 101.

TEATROS.

CIRCO DE PAUL.—Teatro de verano. —A las nue-

ve de la noche, la comedia en un acto titulada, Libro 3.

capítulo 1. —El baile Macarena y contrabandistas.

La comedia en dos actos de costumbres andaluzas cuyo

título es El congreso de gitanos. —Finalizando la fun-

ción con baile nacional.

Editor responsable, D. SALVADOR P. RODRIGUEZ.

Imprenta de EL OCCIDENTE.

a cargo de J. GARCIA VERDUGO, T. de Morina, 3.

—Poeta.—Nuestro querido amigo el

distinguido poeta y escritor público don Heriberto

García de Quevedo, conserva, en medio de sus do-

lencias, su calidad de buen poeta, hasta el punto de

prescindir de sí propio y de su gloria personal para

cantar generosamente el sacrificio de otros. Hé aquí

el soneto que ha escrito recientemente, en prueba

de lo que acabamos de decir.

En la muerte del teniente don Mauricio Arasol,

accedida en la gloriosa jornada de 16 de julio de 1856.

Pisando apenas el umbral dorado

de la edad más feliz de nuestra vida,

una inhumana y aleveza herida

te precipita en el sepulcro belado.

¡Qué jay! tan triste, profundo y prolongado;

resena? Es de una madre dolorida

que llora su esperanza más querida,

el dulce fruto de su amor pasado.

¡Llorar—justo es llorar!—pero en tu alma

germina ya el consuelo de la gloria,

que el tiempo acanta y ni el rencor derrumba;

No llanto al que alcanzó la noble palma

de hallar en medio a la marcial victoria,

por su patria y su reina, heroica tumba.

19 de julio. G. DE QUEVEDO.

—Pecho al agua.—Entre los aficio-

nados a zambullirse en las ondas del Manzanar,

parece que han surgido graves y peligrosas disiden-

cias acerca de si los baños matinales son preferibles

a los vespertinos ó vice-versa.

Cuestión es esta que los mas doctos defensores del

sistema hidropático no han resuelto todavía de una

manera satisfactoria a pesar de haber seguido al pie

del agua los preceptos de nuestros mas célebres ga-

lenos.

Los que con el calor propio de la estación sostienen

que los baños matinales son los mas provechosos,

pintan con tan bellos colores la alborada del día, la

pureza del ambiente, el gorgor de las aves, los pri-

meros cánticos de las lavanderas, la gracia y frescura

de las ondas, y el voraz apetito con que se sale del

baño, que hasta los mas ardientes hidropáticos se

sienten con deseos de lavar sus culpas y pecados en el

Jordan.

—Paseo al agua.—Entre los aficio-

nados a zambullirse en las ondas del Manzanar,

parece que han surgido graves y peligrosas disiden-

cias acerca de si los baños matinales son preferibles

a los vespertinos ó vice-versa.

Cuestión es esta que los mas doctos defensores del

sistema hidropático no han resuelto todavía de una

manera satisfactoria a pesar de haber seguido al pie

del agua los preceptos de nuestros mas célebres ga-

lenos.

Los que con el calor propio de la estación sostienen

que los baños matinales son los mas provechosos,

pintan con tan bellos colores la alborada del día, la

pureza del ambiente, el gorgor de las aves, los pri-

meros cánticos de las lavanderas, la gracia y frescura

de las ondas, y el voraz apetito con que se sale del

baño, que hasta los mas ardientes hidropáticos se

sienten con deseos de lavar sus culpas y pecados en el

Jordan.

—Paseo al agua.—Entre los aficio-

nados a zambullirse en las ondas del Manzanar,

parece que han surgido graves y peligrosas disiden-

cias acerca de si los baños matinales son preferibles

a los vespertinos ó vice-versa.

Cuestión es esta que los mas doctos defensores del

sistema hidropático no han resuelto todavía de una

manera satisfactoria a pesar de haber seguido al pie

del agua los preceptos de nuestros mas célebres ga-

lenos.

Los que con el calor propio de la estación sostienen

que los baños matinales son los mas provechosos,

pintan con tan bellos colores la alborada del día, la

pureza del ambiente, el gorgor de las aves, los pri-

meros cánticos de las lavanderas, la gracia y frescura

de las ondas, y el voraz apetito con que se sale del

baño, que hasta los mas ardientes hidropáticos se

sienten con deseos de lavar sus culpas y pecados en el

Jordan.

—Paseo al agua.—Entre los aficio-

nados a zambullirse en las ondas del Manzanar,

parece que han surgido graves y peligrosas disiden-

cias acerca de si los baños matinales son preferibles

a los vespertinos ó vice-versa.

Cuestión es esta que los mas doctos defensores del

sistema hidropático no han resuelto todavía de una

manera satisfactoria a pesar de haber seguido al pie

del agua los preceptos de nuestros mas célebres ga-

lenos.

Los que con el calor propio de la estación sostienen

que los baños matinales son los mas provechosos,

pintan con tan bellos colores la alborada del día, la

pureza del ambiente, el gorgor de las aves, los pri-

meros cánticos de las lavanderas, la gracia y frescura

de las ondas, y el voraz apetito con que se sale del

baño, que hasta los mas ardientes hidropáticos se

sienten con deseos de lavar sus culpas y pecados en el

Jordan.

—Paseo al agua.—Entre los aficio-

nados a zambullirse en las ondas del Manzanar,

parece que han surgido graves y peligrosas disiden-

cias acerca de si los baños matinales son preferibles

a los vespertinos ó vice-versa.

Cuestión es esta que los mas doctos defensores del

sistema hidropático no han resuelto todavía de una

manera satisfactoria a pesar de haber seguido al pie

del agua los preceptos de nuestros mas célebres ga-

lenos.

Los que con el calor propio de la estación sostienen

que los baños matinales son los mas provechosos,

pintan con tan bellos colores la alborada del día, la

pureza del ambiente, el gorgor de las aves, los pri-

meros cánticos de las lavanderas, la gracia y frescura

de las ondas, y el voraz apetito con que se sale del

baño, que hasta los mas ardientes hidropáticos se

sienten con deseos de lavar sus culpas y pecados en el

Jordan.

—Paseo al agua.—Entre los aficio-

nados a zambullirse en las ondas del Manzanar,

parece que han surgido graves y peligrosas disiden-

cias acerca de si los baños matinales son preferibles

a los vespertinos ó vice-versa.

Cuestión es esta que los mas doctos defensores del

sistema hidropático no han resuelto todavía de una

manera satisfactoria a pesar de haber seguido al pie

del agua los preceptos de nuestros mas célebres ga-

lenos.

Los que con el calor propio de la estación sostienen

que los baños matinales son los mas provechosos,

pintan con tan bellos colores la alborada del día, la

pureza del ambiente, el gorgor de las aves, los pri-

meros cánticos de las lavanderas, la gracia y frescura

de las ondas, y el voraz apetito con que se sale del

baño, que hasta los mas ardientes hidropáticos se

sienten con deseos de lavar sus culpas y pecados en el

Jordan.

—Paseo al agua.—Entre los aficio-

nados a zambullirse en las ondas del Manzanar,

parece que han surgido graves y peligrosas disiden-

cias acerca de si los baños matinales son preferibles

a los vespertinos ó vice-versa.

Cuestión es esta que los mas doctos defensores del

sistema hidropático no han resuelto todavía de una

manera satisfactoria a pesar de haber seguido al pie

del agua los preceptos de nuestros mas célebres ga-

lenos.

Los que con el calor propio de la estación sostienen

que los baños matinales son los mas provechosos,

pintan con tan bellos colores la alborada del día, la

pureza del ambiente, el gorgor de las aves, los pri-

—Circo de Paul.—Concurrido y muy

animado estuvo el domingo último el teatro de Ver-

ano. La joven actriz doña Candida Bardala, que es un

digno reflejo de la gloria de su padre, recibió justos y

repetidos aplausos en el papel de Canastillera, en

cuyo desempeño lució todo el graseo y singular do-

naire de las hijas de Triana.

Es indudable que el teatro de Verano va a hacer

su agosto.

—Espósitos.—Parece que en vista de

la escrupulosidad con que se verifican las visitas do-

mestras y teniendo los alborotadores de oficio que

se descubra el nido donde tienen escondidas las armas,

han dado en la mañana de sacar los fusiles a las altas

horas de la noche y colocarlos a la puerta del vecino

que mas a mano encuentran.

Este nuevo método de formar pabellones nos parece

poco liberal, máxime cuando las alcantarillas, a Dios

gracias, no están llenas de las terrillas que hicieron

célebre la espada de San Pedro.

—Cero y van tres.—El coche de la

compañía de la empresa del Norte que salió de esta

corte el 15 a las 11 de la noche, fué detenido, pasado

Fuencarral, por una partida de seis hombres com-

pletamente armados, haciendo bajar viajeros y equipajes

que registraron, llevándose cuanto hallaron de dine-

ro, relojes y alhajas.

En esta perquisición invirtieron una hora próxima-

mente hasta que un silbido anunció la venida de la

sierra correo que les obligó a precipitar el registro y au-

sentarse, aunque con sentimiento segun las demostra-

ciones y expresiones que se les oyeron.

Algunos de los viajeros y entre ellos tres señoras

ya por el susto que les produjo este acontecimiento,

como por el disgusto de haber sido también robadas al

tiempo de subir al coche en la puerta de la adminis-

tración, se han visto obligadas a regresar desde Alco-

vendas, con muy poca disposición para emprender un

nuevo viaje hasta tanto que vuelva la Guardia civil a

sus cantones, y mientras el nuevo señor gobernador no

disponga la asistencia de alguno de la ronda por las

puertas de los despochos, pues con la concurrencia de

los muchos que van a despedir se forma una confusión

que solo es ventajosa para los que tan adelantados se

hallan en la carrera de los caicos.

—Otra vendrá.—Pasó la verbera del

Carmen sin que la gente bulliciosa y alegre haya po-

dido celebrarla según costumbre, y es lo peor que,

en atención a las circunstancias, la próxima de Santiago

habrá de sufrir la misma suerte.

Las muchachas de pie pulido que en tales noches

salen a romper sus zapatos blancos a son de guitarra,

contemplan con dolor las castañuelas que pendn si-

lenciosas del clavo donde descansan de los requiebros

del último baile de vecindad. ¡Ay! allí tendrán que

esperar para recobrar su vida y su movimiento, y co-

municárselo a la vez a las lindas estremidades de sus

gitanas poseedoras, a que haya boda en el barrio ó se

improvisen algún jaleo en el patio ó la callejuela cual-

quier domingo.

Acompañados a la sal de Madrid en el sentimiento,

y despidámonos con ella de esas diversiones favoritas

del pueblo, en las que tan mezclados y revueltos andan

la risa y el llanto, la fraternidad y la discordia, la

bandurria y la navaja.

—Regalo.—La reina distribuyó el úl-

timo día de los sucesos de esta corte, 30,000 cigarros a

las tropas de la guarnición.

—Llegó.—Ya está en Madrid el señor

marqués de Perales, habiéndose encargado de la al-

caldeia constitucional.

—Por escotillon.—Anteanoche subia

del paseo del Prado por la calle de Alcalá una señora

acompañada de una hija suya, muy linda, elegante y

casadera por añadidura. Las personas que iban a su

lado juran una y cien veces que no vieron ni delante

ni detrás ni al lado de la niña citada, galan alguno de

los que se le acercaron.

—En Zaragoza, según «El Esparte-

rista», se han prendido fuego algunas casas, sin que

se hubiera conseguido apagarlo después de dos días

de trabajo.

—Segun nuestro corresponsal de Gra-

nada, el estado de aquella ciudad es bastante alarman-

te por la impetuosidad de la